

*El pequeño topo, o La fábula
sin final del derrumbe
del capitalismo*

Autor

Pablo Escudero Abenza

Primer Premio

Categoría B • 19-30 AÑOS

2018

Autor

Pablo Escudero Abenza

Madrid, 1984

Licenciado en Ciencias Físicas por la Universidad Complutense. Se gana la vida como profesor de Matemáticas en secundaria y en una Escuela de Magisterio.

Ha ganado más de treinta premios literarios de narrativa, entre ellos el Ciudad de Alcalá de Narrativa, el de Creación Joven del Injuve, el Jóvenes Talentos Booket, el Fungible de Relato Corto, Tierra de Monegros, Relatos Cortos de Camargo, Manuel Llano de Libro de Cuentos, Max Aub de Cuentos o el Premio Complutense de Literatura (este en dos ocasiones).

*Ha publicado tres libros de relatos y dos novelas. Su último libro publicado es la colección de cuentos *Las medallas de mercurio* (2021, Ediciones Complutense).*

Continúa escribiendo cuentos, dietarios y novelas. Últimamente se está atreviendo con el ensayo.

EL PEQUEÑO TOPO, O LA FÁBULA SIN FINAL DEL DERRUMBE DEL CAPITALISMO

Pablo Escudero Abenza

Y, entretanto, el tiempo prosigue su tarea inmemorial de hacer que todo el mundo parezca, y se sienta, una mierda. ¿Lo habéis oído bien? Y, entretanto, el tiempo prosigue su tarea inmemorial de hacer que todo el mundo parezca, y se sienta, una mierda.

Martin Amis

Mi hijo va a cumplir tres años en agosto. Yo cumpliré treinta y cuatro en octubre. Estoy parado desde unos meses antes de que él naciera. No he trabajado en toda la vida de mi hijo, lo que dicho así suena incluso más duro de lo que es. Y es duro. Supongo que cualquier psicólogo de esos que busca causalidades en temas sin conexión real vería algo ahí. No sé exactamente dónde, porque yo no soy uno de esos psicólogos, pero algo vería. Estoy casi seguro. Mis padres y mis profesores me hicieron acudir al psicólogo de forma más o menos regular desde los catorce hasta los diecinueve años. Aprendí todo lo que tenía que aprender sobre ellos en ese lustro. Me prometí que nunca volvería a visitar a uno. Escribí un cuento que se llamaba No me gustan los psicólogos y lo mandé a un concurso. No premiaron mi relato. Lo mandé a otro. Y a otro. No sacó nada.

Al final metí el cuento de los psicólogos de relleno en el que fue mi primer libro de cuentos: *Sociofobias*. Mi primer libro de cuentos va a quedarse, por lo que parece, en mi único libro de cuentos. Lo editó la pequeña editorial murciana *El martín pescador*. El libro salió en julio de 2.014. Lo presentamos en Murcia a mediados de septiembre. Tuve que pagarme yo el billete de tren hasta allí. Y el hostel en que me alojé. Hicimos cuentas y no podíamos permitirnos que mi mujer y mi hijo me acompañaran. Nadie de mi familia me acompañó a presentar mi primer libro. Ahí estaba yo, sólo, recordando que hacía no tanto tiempo soñaba con el momento de presentar mi primer libro. Me sentaron en una mesa ocupada por una montaña de libros, entre el editor y un escritor local que era su amigo, y los dos fueron desviándose del tema inicial – qué bueno era mi libro – para acabar hablando de algunos clásicos del cine negro que ambos admiraban y que iban a reponer próximamente en la filmoteca de la ciudad. El escritor local era el coordinador de dicho ciclo. Vendí siete libros durante aquella presentación. *El martín pescador* tiró 500 ejemplares descuidados que casi nadie leyó y que además estuvieron cerca de costarme dos demandas por plagio, además de provocar varias confusiones, porque un popular ensayo sociológico se tituló casi igual y porque alguien ya había publicado un relato sobre psicólogos con el mismo título que el mío algunos años antes. Un relato que sí había sido premiado. “¿Cómo no lo leíste?”, me preguntaron mis editores. “¿Y cómo no lo leísteis vosotros, si estaba incluido en el libro que ganó el premio de los críticos murcianos al mejor libro de relatos publicado en 2.009 por un autor español menor de cuarenta años?”.

Durante una etapa de la vida te parece que lo de los concursos será una manera de ganarse la vida más o menos fácil y más o menos reconocida. Pero luego te das cuenta de que no es ni mucho menos fácil, y que desde luego no está nada reconocida. ¿Quién esperabas exactamente que te reconociera? ¿El concejal de cultura de aquel pueblo de Badajoz? ¿La presidenta del club de lectura de la Biblioteca de Toledo? ¿Esa señora que no llegaste a saber quién

era exactamente y te dijo que llegarías lejos? ¿La que te habló de que Juan Manuel de Prada había ganado ese mismo premio hacía veintiséis años? ¿El escritor al que no conocías de nada que presidió aquella paella junto al mar con los premiados en Valencia?

En 2.012 gané, limpios después de las correspondientes retenciones de Hacienda, más de 13.000 euros en concursos. Uno gana en un año 13.000 euros escribiendo y piensa que puede hacer de eso su profesión. Make a living, como dicen los americanos. Me planteé dejar mi trabajo, pero mi mujer me convenció para que siguiera escribiendo a horas intempestivas y cumpliendo en la oficina de nueve a cinco. Queríamos tener un hijo y no parecía la mejor de las ideas que el niño llegara al mundo con un padre que dependía excesivamente de las musas. Así que seguí en la oficina. Gestionaba carteras de inversión de bajo riesgo. Era otro chupatintas más en el gran mar de los chupatintas a los que se les aparece en sueños Franz Kafka y les dice: “escribe, yo lo hacía”.

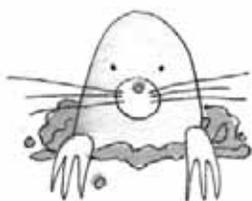
Mi mujer me dijo que estaba embarazada en enero de 2.013. El niño (Bruno) nació a mediados de agosto. A mí me despidieron en abril. Aquí el psicólogo, en este punto en el que se vuelven a cruzar (es el mismo punto, claro, sólo he vuelto a nombrarlo, los escritores esculpimos – mejor o peor, depende de cada uno y de cada historia concreta, pero es lo que hacemos – el tiempo, el espacio preferimos dejarlo quieto e ir y volver a los mismos puntos) mi hijo y la pérdida del empleo, comentaría algo. Quizá carraspearía y diría que mis acciones inconscientes provocaron mi despido. Puede que dijera algo de las notas anónimas que dejé en los tablones en las que insultaba a algunos compañeros y que muy pronto todos identificaron como mías.

Los psicólogos son los brujos del capitalismo infantil y cobarde. Ir al psicólogo es el Se lo voy a decir a mi mamá de los profesionales liberales. El capitalismo posmoderno te grita y te pisotea constantemente pero también te anima a ir al psicólogo. Es uno de esos maridos maltratadores que se muestran de acuerdo con que su mujer se prepare la Prueba de Acceso a la Universidad para mayores

de 25. Lloro un poco y luego traga con el siguiente sapo. Algo así como el mito de Sísifo de estos tiempos. Este no pretende ser uno de esos aburridos relatos de tesis. Empezando porque no tengo una tesis que defender. El autor más aburrido al que he leído nunca es José Saramago, que escribía novelas llenas de viejas ideas comunistas. Me caen bien esos viejos comunistas que se acodan en las barras de los bares y dicen que se ha perdido el concepto de solidaridad obrera, o que hablan de que el país no podrá ir adelante sin una industria fuerte como la que ellos conocieron. Me caen bien pero nunca leería un libro escrito por ellos. A muchos de esos viejos los prejubilaban en las reconversiones de los ochenta y los dejaron papando moscas en su vaso de cerveza, siendo los únicos que hablaban de que el modelo productivo se iba a la mierda antes de que lo dijera ningún político. Me caen bien esos viejos porque han hecho cosas de verdad con sus manos. Son souvenirs humanos de una era que se extingue, el tiempo en el que se fabricaban objetos de verdad que se podían vender en el mercado. Pronto sólo nos quedará el mercado, y no sabremos qué vender en él, ni por dónde salir antes de que nos compren.

Hay poco que vender en ningún mercado contemporáneo. Puedes vender seguridad, que es lo que yo vendía. E incluso cuando vendes esa seguridad debes decir en voz muy bajita que nada, salvo la muerte, es realmente seguro, y que aunque hablemos de carteras de de bajo riesgo el riesgo existe. ¿Aquellas preferentes que entramparon a miles de jubilados con unos pocos ahorros? Eran productos de bajo riesgo. Yo por suerte no me manché las manos con aquello. Mi empresa no las gestionaba. Yo hacía bonitos paquetes de inversión en letras del tesoro, sellos y oro. Los sellos siempre aumentan de valor. El oro también. Las únicas letras del tesoro que han quedado impagadas en la historia han sido las de Rusia después de la Revolución de octubre. Lo que yo vendía era bajo riesgo real. Un riesgo inferior al de dejar embarazada a una chica usando preservativo, que la empresa Durex cuantifica en el 0,03%.

Desde que me despidieron he trabajado algunos días, claro. En negro, por supuesto. He ayudado a hacer mudanzas. He descargado



carne de cerdo y de ternera antes de que amaneciera en un mercado cercano a casa. He hecho la declaración de la renta de algunos vecinos. Fui a recoger fresas y uva cuando llegó la cosecha. Mi mujer me dice que por qué dejé de escribir esos cuentos que presentaba a concursos con los que ganaba dinero. Mi mujer se piensa que la cadena es sencilla y que funciona en bucle: escribes un cuento en un rato cualquiera lo mandas a un concurso ganas cobras el cheque escribes otro cuento en otro rato. Pero no es tan sencillo.

La verdad es que desde que me despidieron apenas he empezado tres cuentos, y todos se han quedado sin terminar: uno hablaba de un superhéroe que había perdido su único superpoder, otro hablaba de un padre primerizo que salía de borrachera continua para no ver a su hijo, que le recordaba terriblemente a sí mismo y le provocaba un terror existencial imposible de afrontar, el tercero era un cuento sobre escritores de esos que se creen Cortázar o Bolaño y ni mucho menos lo son, a los que encerraban en una isla para que se matasen a machetazos.

Mi mejor amigo trabaja en la calle. Se pone una de esas enormes cabezas de gomaespuma de Mickey Mouse y sale por el centro de Madrid a ganarse la vida. Creo que Mickey Mouse es el signo más repugnante del capitalismo opresivo. Mi amigo les pregunta a los niños si quieren hacerse una foto con él y luego les pide una moneda a sus padres. Mi mejor amigo, reconozcámoslo, es un mendigo, pero un mendigo que preserva su identidad bajo una máscara. Lo contrario a un superhéroe. Ha tenido peleas con otros personajes, como Bob Esponja, que parece ser que se pone agresivo cuando bebe de más y bebe de más con frecuencia, casi a diario. Ha tenido que correr con la escasa movilidad que ese disfraz le permite cuando ha venido la policía a pedirle los papeles. ¿Qué papeles pueden tener Mickey Mouse y Bob Esponja? Ha tenido que pedirle a muchos padres que no fueran unos capullos y no pretendieran sacarle una foto a sus hijos e irse sin pagar. Mi mejor amigo me llama por las noches al fijo, porque ahora el fijo es un objeto casi inútil pero que sale gratis, y me cuenta cómo van sus días. No quedamos para tomar

un café porque no sabríamos quién debería invitar. “Tú al menos no tienes familia”, le digo. “Tú al menos tienes familia”, me dice él.

Mi mujer sí ha conservado su trabajo de secretaria en un despacho de arquitectos. Trabaja por las tardes y con lo que gana vamos subsistiendo los tres. Uno de esos amigos que siempre tienen una buena historia que deberías escribir, tú que escribes, me dijo que debería escribir sobre estar en paro y tener un niño pequeño y que tu mujer te mantenga. Sería, según mi amigo, un retrato generacional amargo. Según su criterio supongo que no debería renunciar al patetismo.

Paso las tardes en casa con mi hijo y trato de estimularlo intelectualmente. Hacemos puzzles para niños de más de cinco años, leemos cuentos llenos de letras, bailamos, pintamos, vemos películas. He tratado de hacer que su mundo no coincida ni con Disney ni con Mickey Mouse. No soportaría ver a Bruno con esas orejas negras gigantes encima de la cabeza. No querría verlo en los próximos carnavales vestido de Aladdín o algo peor. Vemos documentales. Vemos viejas películas de Chaplin. Le gustan las películas de Buster Keaton. Los críticos que todo lo intelectualizan dirían que es porque Keaton se mantiene fresco en la tumba o algo así. Pero la verdad es que a mi hijo le gustan las películas de Buster Keaton porque no para de resbalar, caerse y darse golpes. La mayoría de gente diría que mi hijo me adora, y probablemente sea verdad, porque soy quien le da la merienda, quien lo baña, le canta canciones y le lee los cuentos. Pero le diría a esa gente que mi hijo me adora pero si me viera caer desde una silla al suelo se reiría como si fuera su último día en la Tierra y no quisiera desperdiciarlo. Quizá su risa se parara en seco cuando advirtiera que de mi nuca mana sangre, o que ya no respiro, que papá ya no podrá jugar más con él. Pero sé que su primer instinto sería el de reírse a carcajadas. Prefiero no profundizar demasiado en esa fantasía de muerte y silencio.

Yo también me reía de las torpezas de mi padre. Recuerdo que a los seis años me reí por última vez de él. Se pilló el dedo con el martillo, como en los dibujos animados, y yo me reí como siempre,

pero esa vez él se enfadó. Me gritó que se había hecho daño y que nunca volviera a reírme de él si no quería ser el que acabara llorando. Algo se romperá entre mi hijo y yo también cuando a mí me moleste que se ría con inocencia de mis accidentes.

El personaje favorito de mi hijo es Krtek, el topito. Yo no conocía a Krtek, la verdad, pero encontré sus dibujos navegando por Internet. Krtek es un pequeño topo checo. Su nombre, de hecho, significa topo, sencillamente. El topo, puesto que el checo, según he aprendido, no tiene artículos. He leído que fue muy popular durante las dos últimas décadas de la Guerra Fría en los países del este. Para los niños que se criaron en aquellas Hungrías, Checoslovaquias y demás Repúblicas Populares es casi como Mickey Mouse en nuestro mundo. Pero sin merchandising.

Creo que a Franz Kafka le hubieran encantado los dibujos de Krtek. No sé por qué pero todos mis pensamientos frente a la hoja en blanco acaban desembocando de una manera u otra en Kafka. A Kafka le encantaba el cine mudo inicial, tan fantástico y parecido a la magia. El pequeño topo no habla. Se mueve con gracia, crea el caos, abre mucho los ojos cuando se asombra, lucha individualmente contra el orden burocrático establecido. Baila, canta, tiene buenos amigos (sus mejores amigos son un erizo y un conejo que también se llaman el erizo y el conejo). Bebe, come, se baña en lagos. En definitiva, ese topito, pese a las circunstancias políticas que le tocaron vivir, disfruta de la vida. Creo que eso es lo más parecido a una tesis que tendrá este relato.

Recuerdo un cuento de Bolaño en el que el narrador contaba que había visto, por casualidad, una de esas extrañas películas que dan de madrugada y que esa película era el resumen perfecto de su vida. Estaba con mi hijo en el sofá cuando ha empezado un nuevo capítulo de Krtek, nuestro pequeño héroe peludo del pacto de Varsovia, y he sentido algo así. He visto el capítulo definitivo, el que retrata perfectamente nuestro tiempo, este tiempo sin tesis seguras ni moralejas obvias y sin Kafkas que nos iluminen. El tiempo de los parados y la venta fraudulenta de seguridades. Krtek et snu, que

significa El topo en un sueño. Es de 1.984. Yo tenía dos años en 1.984, la edad de mi hijo ahora. Un tipo con pinta de ejecutivo, con corbata, con un traje azul bien planchado, repeinado, con un buen coche, seguramente un Skoda de los que empezaron a abrir el mercado en la Checoslovaquia de los ochenta, tiene una casa casi totalmente robotizada, en la que disfruta de los placeres de una cena automatizada, un baño bien caliente preparado por máquinas, una televisión, un buen sillón. El paraíso, parece.

Al personaje sólo le perturba una cosa: ese dichoso topo que no para de hacer agujeros en el césped de su jardín y al que no consigue cazar. El topo se cuela una noche en su casa y se come su cena. El topo se cuela en su coche al día siguiente, y llegan juntos a una gasolinera en la que descubren que la gasolina se ha agotado en todo el país. El ejecutivo y el topo vuelven andando a su casa y ven cómo, sin gasolina no hay tampoco electricidad que alimente toda su moderna existencia. Sin tele, sin teléfono, sin bañera, sin robot cocinero, la vida del personaje se va deslizando por una pendiente de abandono y enajenación. Para rematarlo, cae la gran nevada de ese invierno, y queda aislado en casa, totalmente incapaz de hacer nada, un verdadero inútil sin las máquinas que organizaban su vida.

El tipo deja de afeitarse, pierde su ropa, está fuera de sí y parece que su futuro será morir de inanición, aislado y desnudo. Sus únicos compañeros serán el pequeño topo y algunos de sus mejores amigos. Y serán ellos quienes lo salven. Serán ellos quienes le enseñen a generar el fuego con el que calentarse y con el que cocinar las latas de comida que tiene en la despensa. Serán ellos quienes, en cuanto se deshaga la nieve, le enseñen a cazar a otros animales que pueden comer. Serán ellos quienes, en la vuelta a la prehistoria en la que ha caído, le ayuden a descubrir la rueda. Serán ellos quienes creen, a partir de ruidos primitivos, la música, que hará la vida un poco mejor para todos. Al final todo era un sueño del ejecutivo checo, que comprende que debe ser más cariñoso con el topo y la naturaleza. El capítulo parece una película de David Lynch. El capítulo se merece un cuento de Bolaño.

Se parece a ese otro cuento de Bolaño en el que un adolescente se monta en un coche con su padre para ir a pasar unos días a la playa y cuando llegan a Acapulco se ha desencadenado el Apocalipsis. O algo así. Nunca he estado ni creo que vaya a estar en Acapulco. Le he preguntado a Bruno si quiere que veamos otra vez el mismo capítulo. Me ha dicho que sí.

Hoy cenará un poco más tarde. Veremos el capítulo dos o tres veces seguidas y trataré de encontrarle una moraleja a todo esto. Porque creo que la tiene. Por ahí cerca, al alcance de mi mano. Ojalá fuera más hábil extrayendo enseñanzas. He buscado el cuento de Bolaño que habla de la película que narra perfectamente su vida hasta ese día. He revisado los índices de todos sus libros de relatos, los he empezado y no lo he encontrado. Quizá esa sea la moraleja. Quizá he soñado ese cuento, pero estoy convencido de haberlo leído. Me gustaría leer el cuento que Bolaño hubiera escrito a partir de este capítulo del pequeño topo. Sí he encontrado el relato de Acapulco y el Apocalipsis. Lo he releído por encima.

Hay algo de apocalíptico en estar en paro desde hace ya tres años. Y en la risa de mi hijo cuando al ejecutivo ochentero checo todo empieza a irle mal y tiene que recurrir al topito y sus amigos para sobrevivir. Hay una solidaridad resentida que nos pone del lado del débil. Hay un rastro de terror existencial en que los electrodomésticos se rebelen, o en no encontrar el relato exacto de Bolaño entre los libros de la estantería. Me gusta la palabra derrumbe. Me gusta la risa contagiosa de mi hijo cuando un jabalí de doscientos kilos intenta comerse al personaje del sueño animado. Konec significa Fin en checo. Hace décadas que las películas y los relatos no terminan con un fin claro. “El capitalismo se derrumba”, le digo a mi hijo mientras conecto por tercera vez el inicio del capítulo. Y ni siquiera eso se produce de una forma clara. No hay un Konec al final del camino. Sólo cascotes, polvo, sueños, risas.